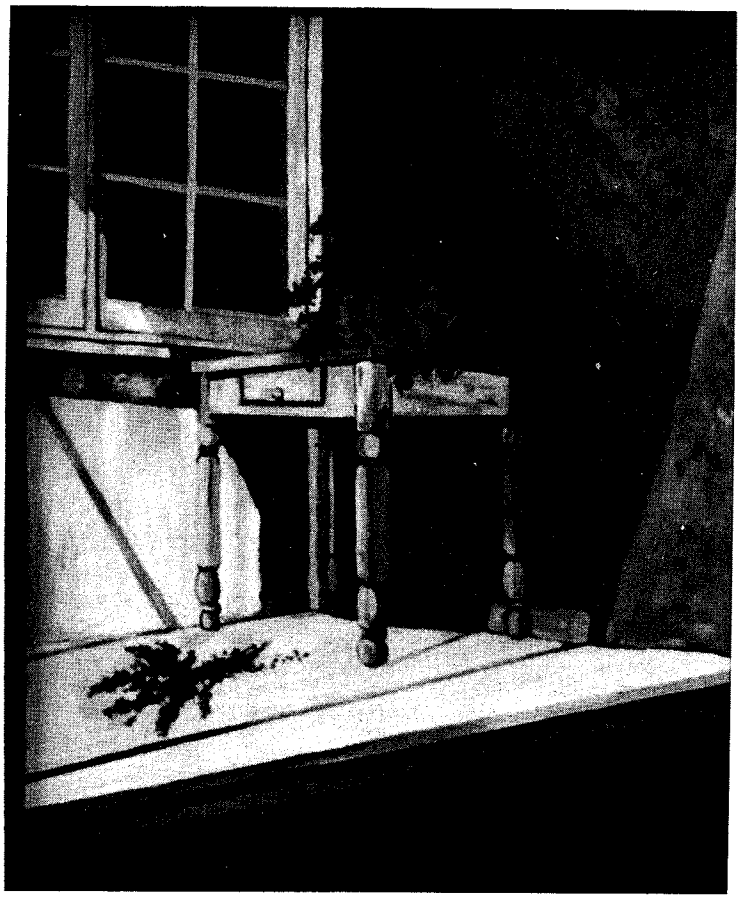
OBRAS PREMIADAS

PRIMER CONCURSO
DE ARTE Y LITERATURA
BANCENTRAL 1995

OBRAS PREMIADAS

PRIMER CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA BANCENTRAL 1995



BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA DOMINICANA
DEPARTAMENTO CULTURAL

Banco Central de la República Dominicana.
Departamento Cultural
Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995 : Obras premiadas / El Banco. Santo Domingo : Banco Central, 1996.
110 p. : il.

ISBN: 84-89548-22-6

1. Literatura dominicana. 2. Artes plásticas. I. Título.

1 9 9 6

DEPARTAMENTO CULTURAL

Edición al cuidado de:
José Alcántara Almánzar
Milena Alba Frappier

Impresión:
Subdirección de Impresos y Publicaciones
del Banco Central de la República Dominicana

ISBN: 84-89548-22-6

Impreso en la República Dominicana

CONTENIDO

Presentación 9
Veredicto 11

ARTE

CATEGORIA ESCULTURA

Behique con guayza
Miguel Estrella Gómez 17
Pareja
Francisco De la Mota Sánchez 21
El retoño
Cynthia Valenzuela 25

CATEGORIA PINTURA

La mesita
Maritza Balbuena 29
Día y noche
Francisco De la Mota Sánchez 33
Bodegón
Teresa Calderón Cabral 37

LITERATURA

CATEGORÍA CUENTO

Suicidiario
Henry Almonte Diloné 43
Las dagas del deicidio
Juan Manuel Prida Busto 53
Liberación de la tortuga
Luis José Bourget G. 61

Menciones de Honor

Ansiedad
Ana Maritza Féliz Martínez 69
Sólo un cuento
Mirtha Disla 75

CATEGORÍA POESÍA

Hermano múltiple
Octavio Amiama Castro 93
La muerte es el invierno
Luis José Bourget G. 97
Procedencia
Henry Almonte Diloné 101

APENDICE

Datos biográficos de los participantes 105

PRESENTACIÓN

Haciendo honor a una vieja tradición hispanoamericana, nuestro país es una tierra de poetas y narradores que crecen, según una expresión muy difundida, como flores silvestres. Tenemos una larga trayectoria literaria que se remonta a los tiempos de la colonia. Desde entonces, una verdadera legión de bardos repentistas, decimeros ambulantes, vates populares y cuentistas de gran arraigo en los más diversos medios, ha hecho las delicias del público. Una prueba de que el escritor está en cualquier parte, bajo el ropaje del oficinista, el profesional o el técnico, ha sido la masiva participación de los empleados del Banco Central en el Primer Concurso de Arte y Literatura, para el año 1995. Hubo sesenta y seis concursantes en el género de poesía, veinticinco en la categoría de cuento, doce en la categoría de pintura y cuatro en la categoría de escultura. Es decir, un total de ciento diecisiete participantes de la institución.

Los miembros del jurado fuimos los primeros sorprendidos del número de trabajos enviados y de la variedad de temas y estilos que configuran la totalidad. La selección de los ganadores, realizada por Laura Gil, Alberto Bass, Sócrates Olivo, y quien escribe, se hizo prácticamente a unanimidad, pues los mejores trabajos se distinguen por su calidad literaria respecto al conjunto. Hemos tenido muy en cuenta que no se trata de un concurso para profesionales, sino un certamen para estimular la creatividad poética y la imaginación narrativa entre personas dedicadas a otros quehaceres.

Sin embargo, los textos galardonados revelan un potencial artístico apreciable, y esperamos que este concurso constituya un espaldarazo a los triunfadores, para que sigan escribiendo y perfeccionándose, y para que adquieran seguridad en sí mismos y algún día se dispongan a salir del anonimato publicando sus obras.

En la categoría «Cuento» hubo tres premios y dos menciones. El primero fue concedido a «Suicidario», cuyo autor se las arregla para envolver en humor negro la truculencia de la vida cotidiana.

El segundo lo obtuvo el cuento «Las dagas del deicidio», cuyo autor exhibe un correcto manejo del lenguaje, hecho de frases breves y cortantes. El tercero lo ganó «La liberación de la tortuga», texto pleno de humor y de ironía. Por último, «Ansiedad» y «Sólo un cuento», merecieron sendas menciones de honor.

En la categoría «Poesía» obtuvo el primer premio el poema «Hermano múltiple», del poemario *Biseles de la memoria.* Se trata de un texto de aliento épico y fuerte impacto social. El segundo lugar correspondió a «La muerte es el invierno», del poemario *De razones y mantras.* En este texto, el tono íntimo se presenta para crear una armónica ambientación a los enigmas de la vida y la muerte. El tercer premio lo obtuvo «Procedencia», del poemario *Versos para mí, versos para ella, versos para nosotros.* «Procedencia» es una especie de arte poética hecha a base de versos muy breves.

Aunque la pintura y la escultura son disciplinas que escapan a mi competencia, deseo referirme brevemente a los ganadores en estas categorías. En Escultura, el primer premio lo obtuvo la obra «Behique con guayza». El segundo fue otorgado a «Pareja», y el tercero fue concedido a «El retoño». En pintura, se concedieron los siguientes premios: el primero fue conferido a «La mesita»; el segundo a «Día y noche»; y el tercero a «Bodegón». Hubo dos menciones, que correspondieron a «Guineo con naranjas» y a «La justicia de Dios vs. la Justicia del hombre».

Las técnicas y estilos, tanto en pintura como en escultura, abarcan una variada gama de aproximaciones formales que los lectores podrán apreciar siquiera mínimamente en las fotografías que ilustran este libro.

El Departamento Cultural del Banco, en interés de diversificar y consolidar la formación literaria y artística de los empleados de la institución, a fin de que puedan concurrir a futuros certámenes, ofrecerá charlas y cursos sobre temas de interés cultural, dentro del programa de actividades de esta dependencia. Los participantes del año 1995 seguramente encontrarán en esos talleres una buena oportunidad para ampliar sus conocimientos y poner en práctica sus habilidades.

Gracias a los señores Gobernador, Vicegobernador, Gerente, así como a las demás autoridades que tan calurosamente han apoyado la organización de este concurso. Su sensibilidad ha hecho posible que la imaginación artística engalane la fiesta de aniversario de la entidad rectora del sistema financiero y monetario de nuestro país.

José Alcántara Almánzar
Director
Departamento Cultural

Veredicto
del Concurso de Arte y Literatura
Bancentral 1995

ARTE

CATEGORIA ESCULTURA

Primer Lugar

Obra : Behique con guayza
seudónimo : Omega
Autor : Miguel Estrella Gómez

Segundo Lugar

Obra : Pareja
seudónimo : Silvestre
Autor : Francisco De la Mota Sánchez

Tercer Lugar

Obra : El retoño
seudónimo : Alambrito
Autora : Cynthia Valenzuela

CATEGORIA PINTURA

Primer Lugar

Obra : La mesita
seudónimo : Mariposa
Autora : Maritza Balbuena

Segundo Lugar

Obra : Día y noche
seudónimo : Silvestre
Autor : Francisco De la Mota Sánchez

Tercer Lugar

Obra : Bodegón
seudónimo : Armonía
Autora : Teresa Calderón Cabral

Menciones de Honor

Obra : Guineos con naranjas
seudónimo : Max
Autor : Robinson Peña Pérez*

Obra : La justicia de Dios vs. la justicia del hombre
seudónimo : Cosmo
Autora : Margarita Urbáez*

* No autorizó la reproducción de su obra.

LITERATURA

CATEGORIA CUENTO

Primer Premio

Obra : Suicidiario
seudónimo : Parco
Autor : Henry Almonte Diloné

Segundo Premio

Obra : Las dagas del deicidio
seudónimo : Corifeo
Autor : Juan Manuel Prida Busto

Tercer Premio

Obra : Liberación de la tortuga
seudónimo : Mar-a-Lago
Autor : Luis José Bourget G.

Menciones de Honor

Obra : Ansiedad
seudónimo : El Ángel
Autora : Ana Maritza Féliz Martínez

Obra : Sólo un cuento
seudónimo : Estrella
Autora : Mirtha Disla

CATEGORIA POESÍA

Primer Premio

Obra : Hermano múltiple
seudónimo : Galaxia Gutenberg-Neruda
Autor : Octavio Amiama Castro

Segundo Premio

Obra : La muerte es el invierno
seudónimo : Hebu
Autor : Luis José Bourget G.

Tercer Premio

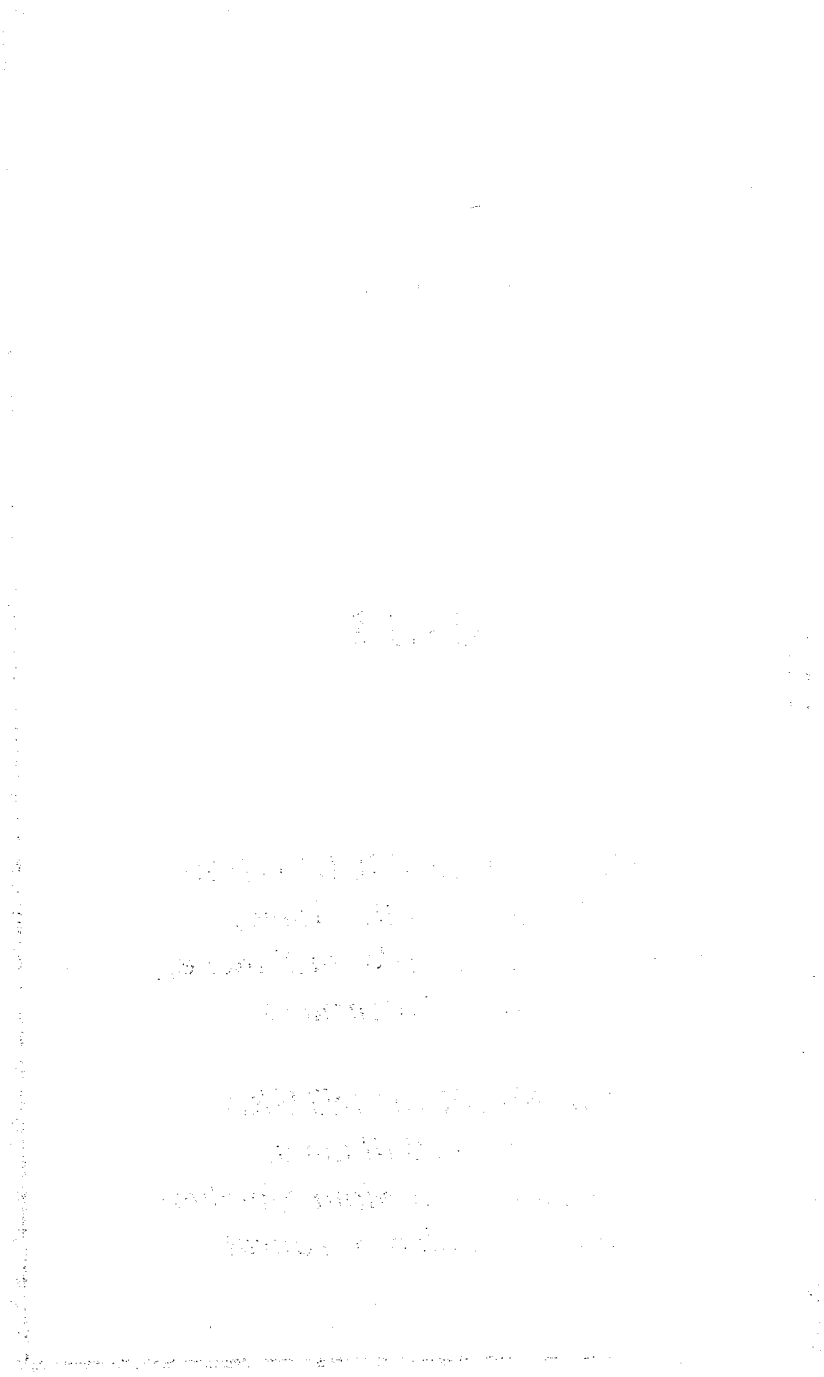
Obra : Procedencia
seudónimo : Colibrí
Autor : Henry Almonte Diloné

PREMIOS DE

ARTE

CATEGORIA ESCULTURA
Miguel Estrella Gómez
Francisco De la Mota Sánchez
Cynthia Valenzuela

CATEGORIA PINTURA
Maritza Balbuena
Francisco De la Mota Sánchez
Teresa Calderón Cabral

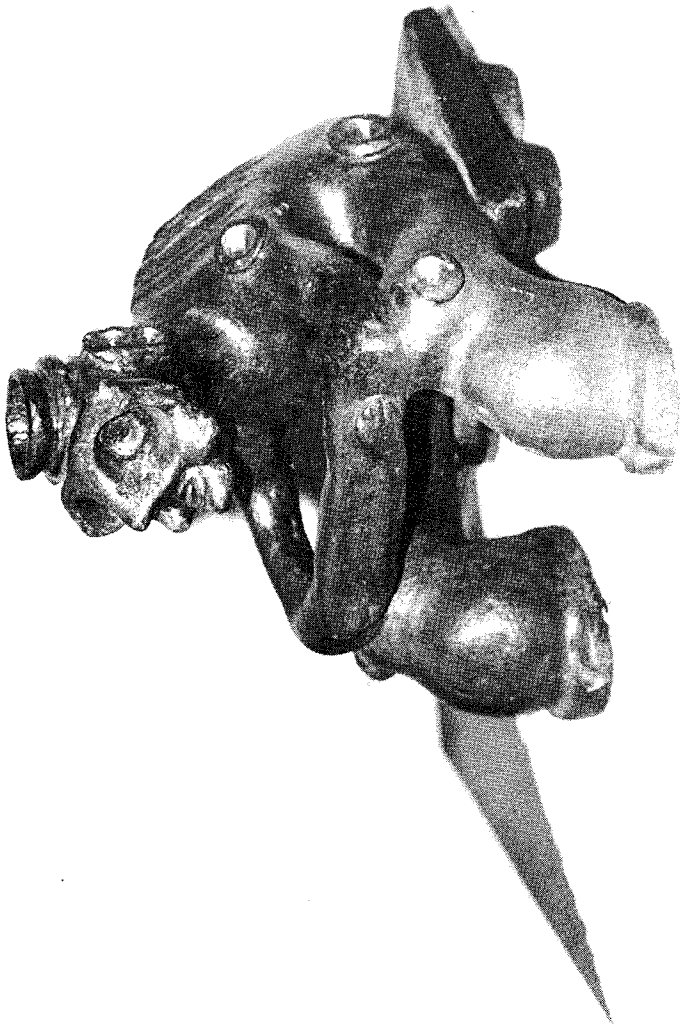


PRIMER PREMIO

CATEGORIA ESCULTURA

Behique con guayza

Miguel Estrella Gómez

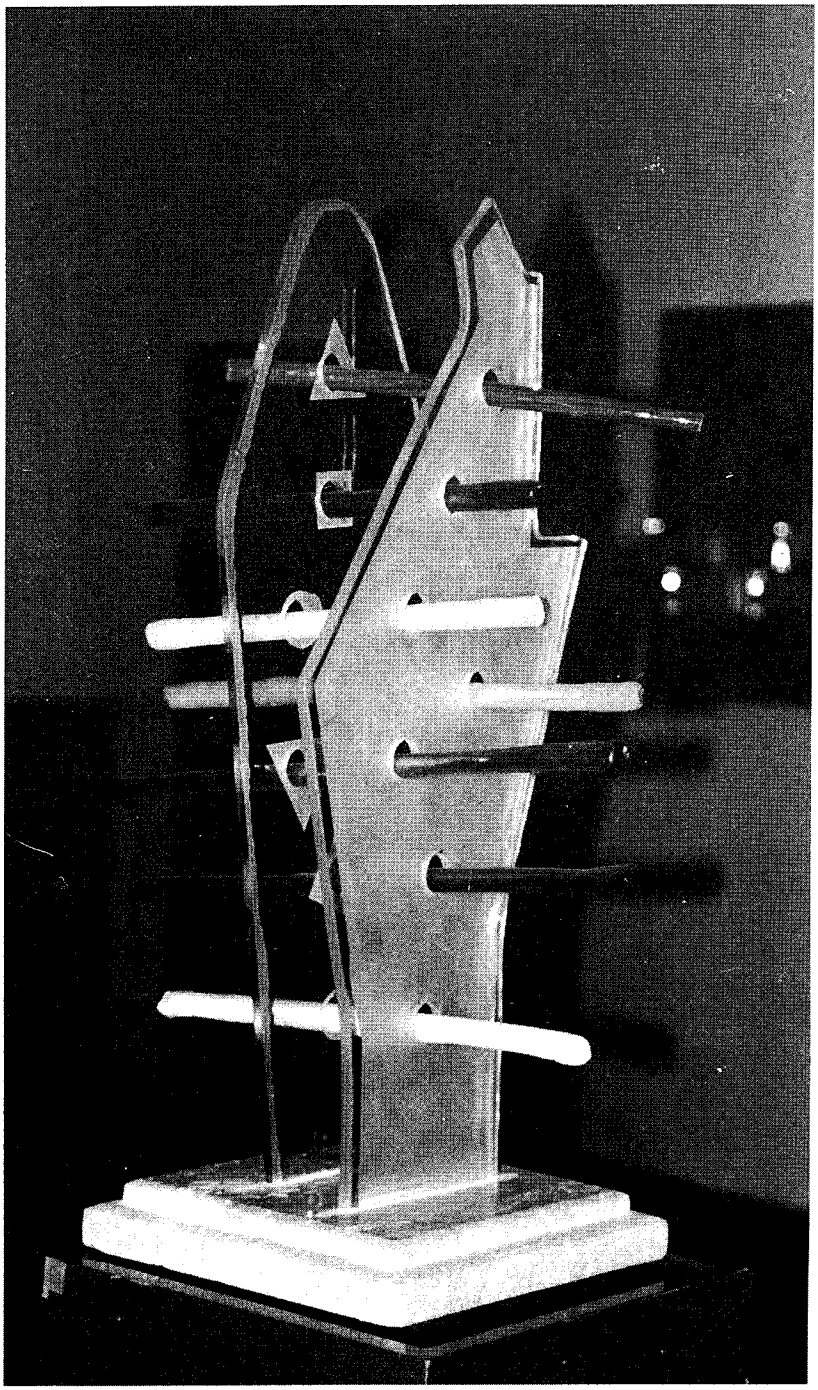


SEGUNDO PREMIO

CATEGORIA ESCULTURA

Pareja

Francisco De la Mota Sánchez

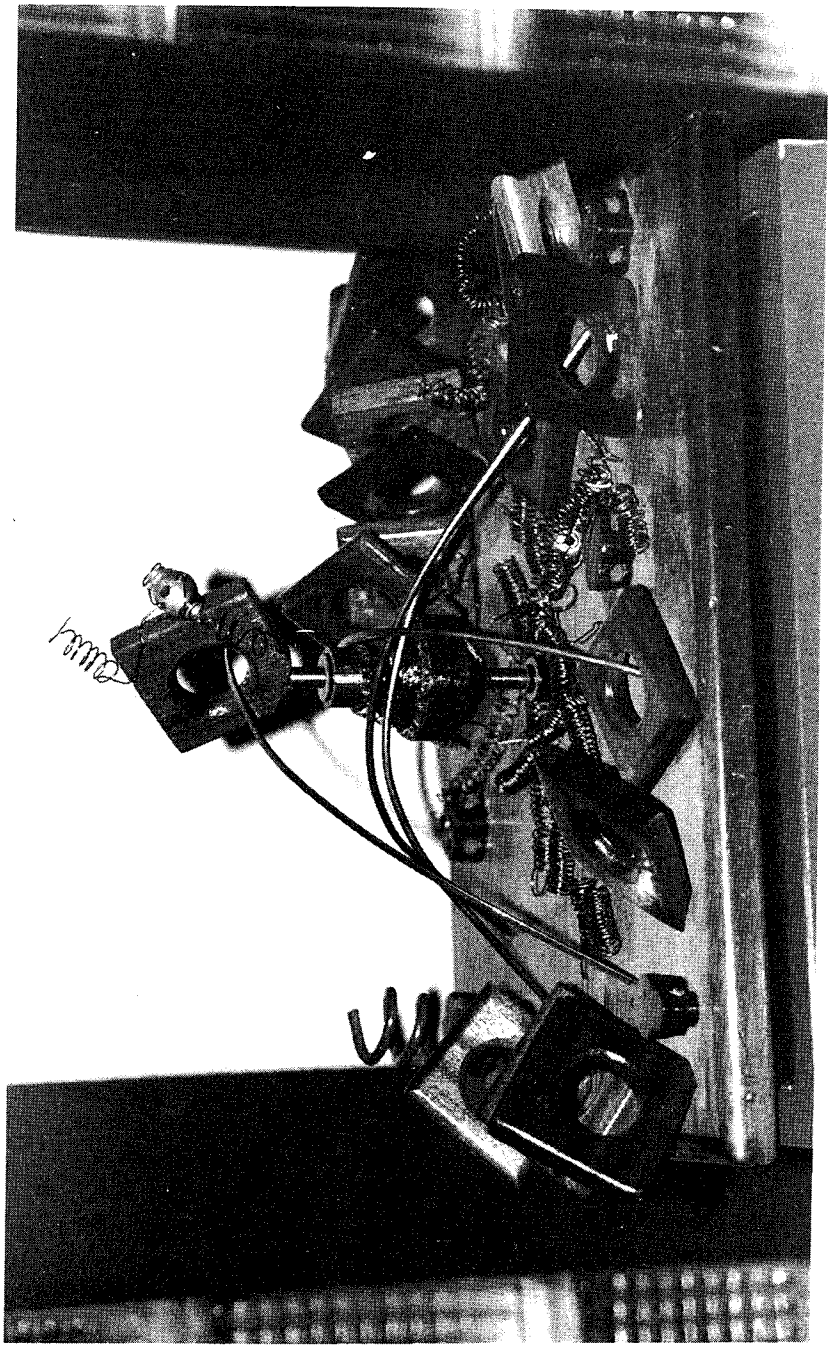


TERCER PREMIO

CATEGORIA ESCULTURA

El retoño

Cynthia Valenzuela

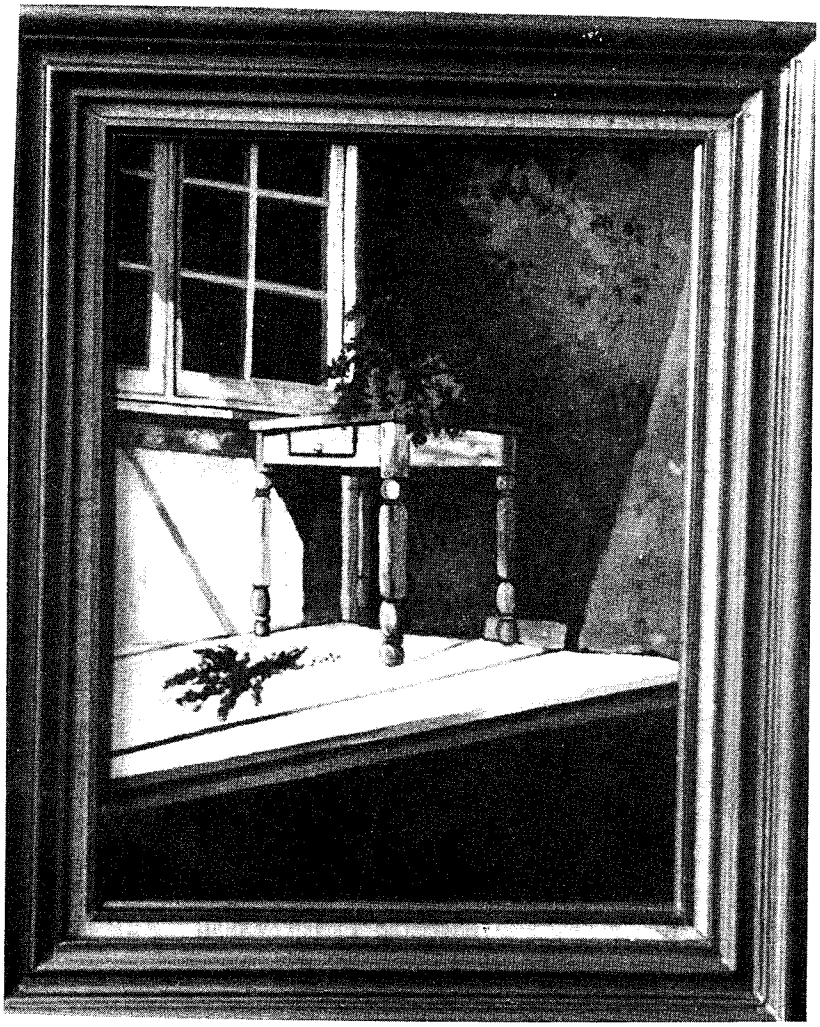


PRIMER PREMIO

CATEGORIA PINTURA

La mesita

Maritza Balbuena

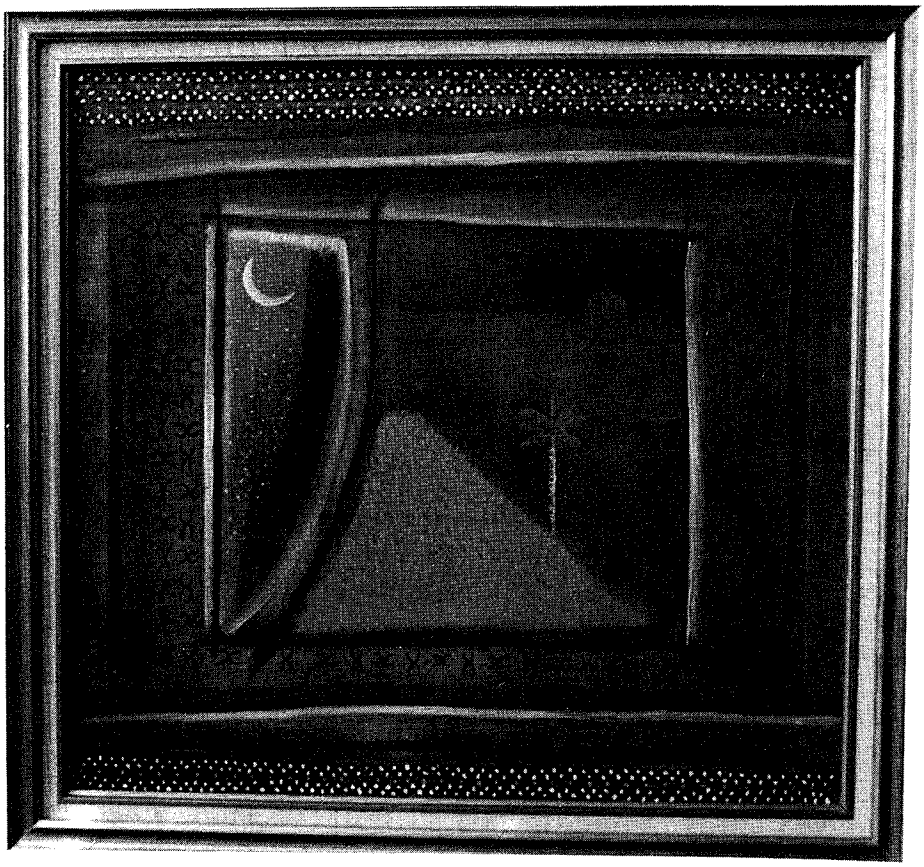


SEGUNDO PREMIO

CATEGORIA PINTURA

Día y noche

Francisco De la Mota Sánchez

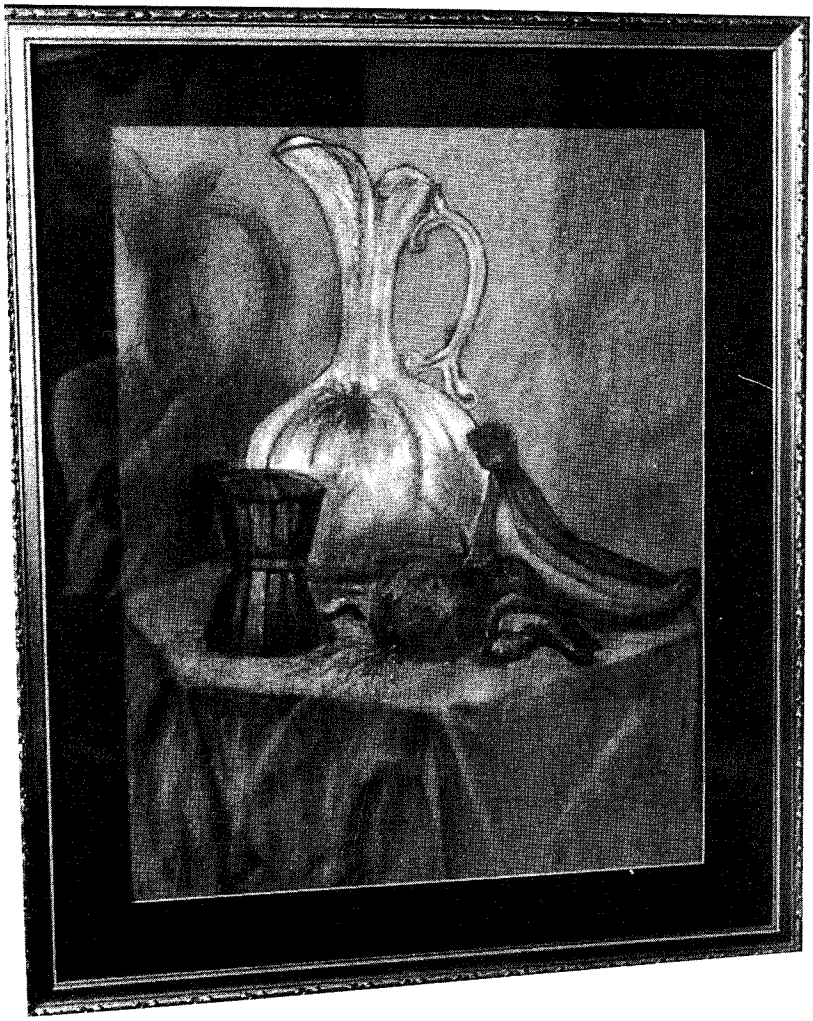


TERCER PREMIO

CATEGORIA PINTURA

Bodegón

Teresa Calderón Cabral

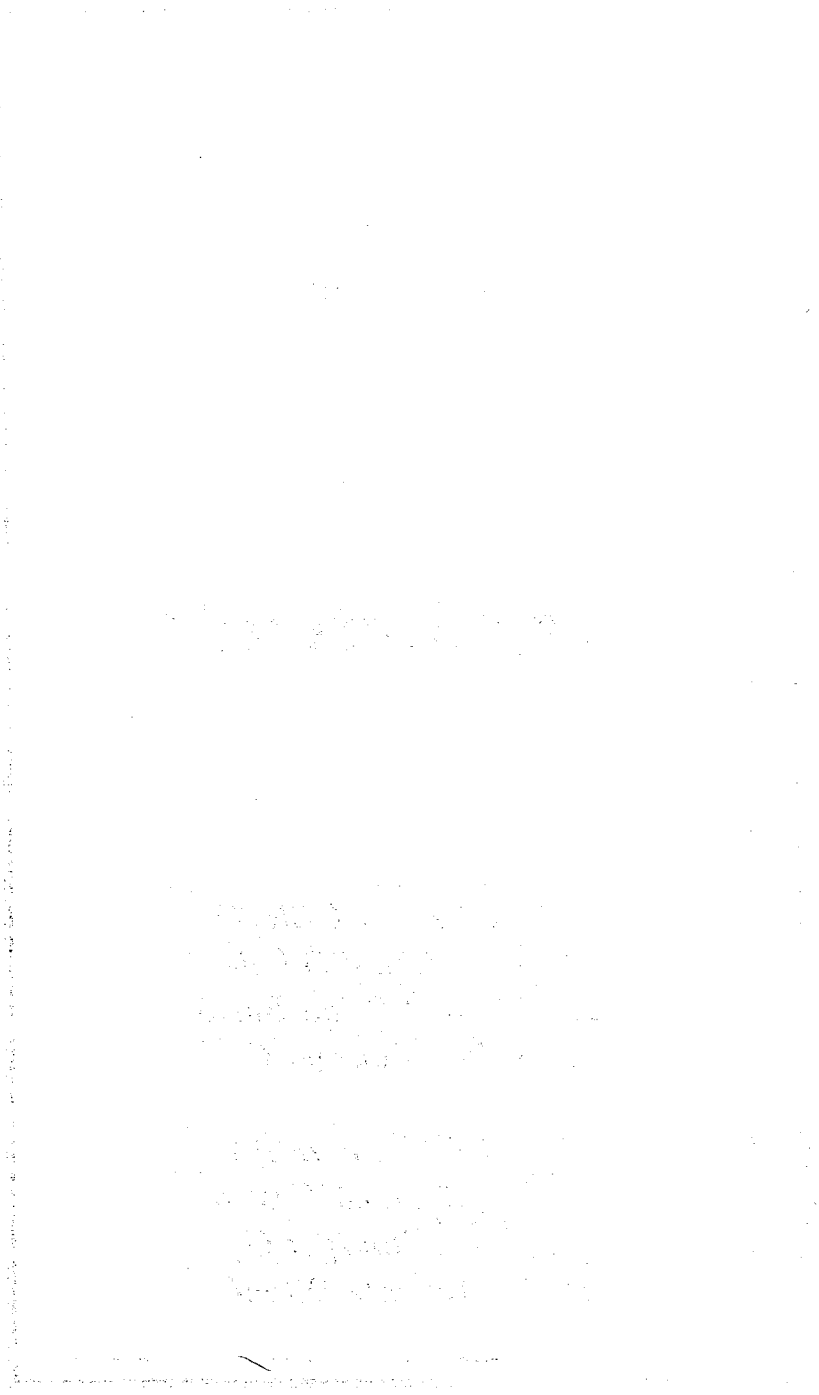


PREMIOS DE

LITERATURA

CATEGORIA CUENTO
Henry Almonte Diloné
Juan Manuel Prida Busto
Luis José Bourget G.

CATEGORIA POESIA
Octavio Amiama Castro
Luis José Bourget G.
Henry Almonte Diloné



PRIMER PREMIO

CATEGORIA CUENTO

Suicidiario

Henry Almonte Diloné

SUICIDIARIO

El Hombre estaba ahí, como la mañana anterior, herméticamente silencioso, acompañado sólo por la tenue soledad que penetraba hasta su cuarto y el miedo redondo que se infiltraba en sus huesos. Estaba en el mismo sitio, a la misma hora, y con su habitual postura del momento, inmerso en el laberinto de sus definiciones mientras abajo las bocinas del tránsito que comenzaba a congestionarse, lentamente comenzarían a dormirlo. Vagaría entonces a través del sueño fabricado bajo las chimeneas, sin recordar los límites de la vigilia. La diaria competencia de los escaparates y las viejas noticias de último minuto harían fila, como siempre, en la cotidiana procesión de sus repeticiones. Verificaría el ángulo del momento sobre la circunferencia de las horas y se preguntaría una vez más si el tiempo, como el reloj, tendrá realmente un sentido circular. De esta forma, frente al cristal, con su rostro detenido observando las bases prefabricadas sobre las que se construiría el nuevo día, mientras los últimos arcoiris comerciales apagaban las letras

de sus abecedarios, se preguntaba sobre la posibilidad de morir ese día entre las sábanas o marcar la tarjeta de puntualidad.

—Después de todo —dijo con voz apenas audible— nada ha cambiado, dá lo mismo que el autobús que ahora se desdibuja en el crucigrama de las calles bajas sea un portento de la técnica o el descendiente metal del dinosaurio, no importa si yo soy verbo o adjetivo en la cotidiana oración de las maquinarias.

Alpinista de la ciudad, saldría a la calle como siempre, descendiendo desde el hueco canceroso de su apartamento pariente lejano de los megalitos, hasta sus raíces mutiladas. En su rostro diariamente viejo la atmósfera ambiental ensayaría entonces todos los cosméticos de su línea y pronto se haría sentir el ruido de metálicas palomas.

El Hombre, erguido desde la estatura de su edad, acarició levemente las rosas de plástico colocadas sobre su mesa y observó cómo de disponían los grises bloques con los que se construiría el cielo matutino, mientras abajo las hormigas iniciaban su faena entre el perezoso deambular de los zánganos.

Posó la vista sobre su propia sombra sin distinguir dónde terminaba su cuerpo, ni dónde comenzaba su silueta; no se había detenido a reflexionar por qué, pero pasaba largos ratos

ensimismado en la observación de su figura. Mirándose de esta forma no se explicaba por qué en ocasiones se sentía sólo un número en la guía telefónica o un guarismo en las hojas del listero.

—Este bien puede ser el día —dijo con voz entrecortada— conviviendo con la muerte a través de tantos años sé que una mañana ya no tendré tiempo de descorrer las sábanas, ni voltear otra hoja del calendario, ni desafiar el asfalto que aprisiona mis pies. Ya no podré escribir mi diario sobre las aceras, ni engullir los comerciales con los que aprendí a hablar. No palparé los vientos de colores tiznando mi anatomía, sólo sentiré que he dejado de sentir.

Así, ante el cristal, quiso gritar su nombre para resucitarse.

Un sudor grueso congelado en su frente y una extraña sensación de vacío hurgando el ordenamiento ritual de sus cosas, empañaron los colores de sus sueños; había medido el alcance de sus pasos con la geometría analítica del miedo. Afuera habían huído las últimas estrellas, ancestro nocturnal de la bombilla.

Estaba ahí, de pie ante la aurora, con una sonrisa convexa en el yacimiento minero de su boca, sin saber a ciencia cierta para qué traspasaría el umbral; fugitivo de las horas en el páramo inconcluso de su tiempo.

Sintió el rumor creciente de las modulaciones y se miró al espejo mucho antes de que la última gota de café le estregara la camisa.

A través de la ventana entreabierta contempló el dibujo lineal de las antenas.

Todavía seguía ahí, ahora con dos botones rojos sobre su cara después de utilizar por décima vez la misma navaja con la que diariamente se jugaba la vida; bajaría las escalinatas con un carnaval ambulante de retazos.

Conquistador de las horas, compañero programado del metal, unidos por un cordón umbilical de tiempo, se lanzaría a la aventura del instante sintiéndose inmortal en la premura continua del momento.

Existiendo en un presente inagotable fabricaba otro eslabón en la descolorida cadena de sus días; ebrio de luz y fantasía escrutaría los secretos de la hojalata. Era un milagro eso de seguir existiendo, sabía que al otro lado del planeta los rosales no daban solamente rosas y que acá no florecían las amapolas; conocía la melodía del viento que se colaba a través de las ventanillas del autobús en marcha, pero no le importaba saber quién componía la canción de los hidrocarburos.

Dividiendo sus movimientos con el mínimo común denominador del tiempo, ajustaría sus

quehaceres según un ordenamiento programado de prioridades. Pensó entonces atravesar las fronteras del silencio, penetrando la ruidosa sinfonía del amanecer; pisaría la lánguida zona verde alimentada con esmog y cubierta por un rocío combustible que empañaba los vidrios en los estacionamientos callejeros. Se adentraría en los linderos del hormigón, quijote en copia nueva, sin importarle los entuertos de la selva metálica, auscultando los vericuetos del arrabal.

Envuelto en una niebla de propaganda e ilusiones no sabía precisar el momento en que por vez primera le asaltaron las ideas del suicida; pero ahora, ante la ventana entreabierta, con un autobús que se acercaba cada vez más tocando insistentemente su claxon inquisidor, con una navaja al ras de su piel desencantada y una calcomanía de quimeras adheridas en su estrecha frente, por vez primera en mucho tiempo dio a luz una sonrisa.

Aspiró el nuevo día, lentamente, sorbo a sorbo, en la paulatina muerte del tabaco; desdoblándose ante la imagen empañada que le devolvían los cristales.

—Ya no es necesario averiguar el monto de los intereses —exclamó suavemente— ni el monto de las cuentas por pagar; no importa si soy sólo una ficha en las estadísticas o una parada más para

el autobús de los empleados, ni es indispensable apurar otra cucharadita de este desagradable medicamento.

Ensimismado en sus últimas convicciones observaba a lo lejos el confuso abecedario de las vallas, mientras poco a poco se iban endureciendo la cal y la arena de su cuerpo.

—Este mismo amanecer de tantos años —dijo, mientras terminaba de descorrer las cortinas— la misma alborada de otros días, las mismas alegrías enlatadas, la estudiada sonrisa de los demás, cómo soportarlo.

Era el Hombre de siempre en la mañana incipiente, con un manojo de nervios alterados bajo la navaja de su mano.

Sumergido en el mar de sus cavilaciones no sentía el agitado golpeteo de sus arterias, ni la crecientemente pálida expresión de sus facciones, ni la silenciosa conspiración de sus neuronas. Intemporal, en el sentido más amplio de su universo interior, su espíritu de gaviota se elevó hasta una cima de paz para precipitarse con mayor velocidad hacia las insondables profundidades del arcano.

—Cómo me habría gustado poder celebrar cada día como si estuviera ante el amanecer de un nuevo año —exclamó desesperadamente.

Sin embargo, ahora, con una navaja que buscaba sus venas, explorando su brazo, aún el

tiempo carecía de sentido. Era sólo un hombre y un hombre solo, sin ayer ni mañana, con la vehemente intención de morir de un solo golpe todo lo que le quedaba de vida. Con una hierba, que ahora se le presentaba antojadizamente verde, creciendo entre los pintados de su ropa.

Abajo, ya no se escuchaba la bocina del autobús, a lo lejos una constelación de semáforos intermitentes, luciérnagas cotidianas, dirigían el coro citadino.

Con un placer morboso, rayano en la demencia, quería sentir la muerte infiltrándose lentamente entre sus músculos; morir conscientemente, darse la peor muerte.

Por eso, en la joven mañana, bajó lentamente la navaja que buscaba sus venas y tirándola por la ventana entreabierta descendió de su apartamento, decidió irse a su trabajo y se marchó agitadamente entre las bocinas del tránsito congestionado y el nuevo cielo de las chimeneas.

SEGUNDO PREMIO

CATEGORIA CUENTO

Las dagas del deicidio

Juan Manuel Prida Busto

LAS DAGAS DEL DEICIDIO

El desconcierto lo anegaba todo. Había llegado a los altares la marejada de descrédito que tiempo atrás se había iniciado como sutil ola que lamía los pies del hombre. En nada se creía, más que en lo visible. El mundo daba tumbos como noria desencajada. Cada golpe de espanto traía recuerdos, reminiscencias de épocas en las que había algo que adorar más allá de los sentidos. Se recurría entonces a lo insondable para dar reposo a la carne, a la turbulencia de los ciclos del entorno. La memoria se había vuelto caja de caudales de mejores épocas. Profanada, su interior albergaba las dagas del deicidio. El hombre había cambiado lo trascendente por lo fútil, haciendo de lo cotidiano pan de vida efímera. El manjar eterno lo había apartado de su mesa, atiborrándose de alimentos que no hacían sino dar más hambre de vacuidad. Se navegaban los fiordos de la vida sin brújula, sin mayor orientación que la marcada por el orto y el ocaso. Y, pasajero de lo pasajero, el hombre daba traspiés sin cesar, cayendo en las encerronas de la materia, que le dejaban exhausto,

sin horizonte. Un prominente constructor, de elevadas ideas, quiso poner fin a la maraña de confusión, de desatinos que amordazaban los alcances del alma. Se dio a la tarea de erigir una monumental obra. Ante el estupor general, la edificación proseguía a golpe firme, al ritmo de quien tiene la convicción del atinado discurrir en su haber. Iban y venían los albañiles en incansable esfuerzo por concluir una fecha precisa. De sobrio porte y esmerada terminación, llegó a su fin el trazado tres días antes de su prevista inauguración. Tan regia fue su prestancia, que el soberano declaró aquel, sin saber aún los propósitos albergados en la mente del arquitecto para tan sublime obra, día de la esperanza. El artesano, llamado a palacio, recibió con sorpresa la noticia. Me llena de regocijo la designación del día inaugural de mi obra, iba a llamarla Salón de la Esperanza, y tus luces se han adelantado a mi intento, manifestó al soberano en la sala de audiencias. Abrió sus puertas un atardecer en que la población languidecía, llagada la carne ante la ausencia del espíritu. Empezó a acudir un público variopinto que con estupor se detenía ante la gran planicie descarnada, carente de todo mobiliario que moviese al recogimiento. Rostros observadores en principio dieron paso a francas manifestaciones de silenciosas plegarias que sobrevolaron el ambiente con aleteo de piedad.

Algunos traían sillas y allí pasaban horas ensimismados. Otros vinieron con imágenes que fueron ubicando aquí o allá. Luego de un tiempo, el Salón de la Esperanza se convirtió en centro de adoración, de cultos sin fin. Cada cual era dueño de su dios, y allí lo llevaba para darle cobijo en la magna estancia. Empezaron a soplar aires distintos, cargados de nuevas energías, de verdaderas fuerzas que fueron repartiendo esperanzas por todos los rincones humanos. Se convirtió el lugar en centro de peregrinación. Llegó un momento en que la afluencia de devotos fue tal, que reinó la mayor confusión, la de creerse cada cual amo de la verdad. Se adoraba a esta o aquella deidad. Se cantaba a este o aquel dios. Se oraba ante este o aquel ídolo en forma desordenada, como anárquicas eran las fuerzas de las motivaciones allí agrupadas. Tal fue la compleja maraña de creencias que empezó a fluir del hombre luego de su oscuro naufragio en la materia, que cayó la especie en el desconcierto de la lucha y proliferación a mansalva de credos, peticiones, promesas y horizontes en sus mentes. Se iba con intención de adorar un ídolo y se terminaba idolatrando otro, cualquiera, ante la imposibilidad de llegar a su presencia. Tan abrumadora fue la proliferación de imágenes, de fetiches desplegados por la estancia, que las plegarias de los reunidos en piadoso culto se

cruzaban unas con otras, chocando en el aire, desviándose por la potencia de las distintas deidades, por el encontronazo de pedidos, y yendo a caer a otros dioses desconocidos, que las desechaban por no conocer a su vez al remitente de la súplica, o por ser imposible, luego de concedido el deseo de vigilar el cumplimiento de la promesa y echar un ojo a los propósitos y decisiones del penitente. Nombres y preces se mezclaban en el correo divino. Las cosas fueron a más hasta que el caos creado por el batiburrillo de creencias obligó una tarde a cerrar la cancela del salón. A la mañana siguiente, las puertas de acceso a la esperanza quedaron abiertas en horario habitual. Los primeros en ingresar al recinto de las devociones quedaron sorprendidos al contemplar la estancia desnuda de deidades, de altares, de los vistosos ídolos allí dispuestos para adoración. Salieron en busca del encargado, del silencioso anciano que a diario recorría los pasillos con aire pío, en apariencia despreocupado, mas entregado de lleno a la custodia del santuario. Le pidieron cuentas cargados de temor y dudas. Atribuyeron al caos del día anterior la decisión de quitar toda manifestación piadosa. Darían garantías de que no se iba a repetir el tumulto, el alboroto colectivo, producto de la exaltación fervorosa de los creyentes. Se sintieron desnudos de horizonte, tronchado su porvenir por las prerrogativas de los

regentes del santuario. Quien tenía a su cargo el salón no halló suficientes palabras para explicar lo inexplicable. Con aire conturbado manifiestó, mientras caminaba encabezando el grupo de regreso al salón, que al hacer la ronda matutina halló vacío de creencias el lugar, y que sólo encontró lo que en seguida les mostraría, que no era responsable de nada, y que al igual que ellos el asombro hizo presa de su ánimo. Conduciéndolos a un rincón, señaló su hallazgo a los presentes. Un pequeño espejo tenía a sus pies una breve inscripción, la verdad. Ante su reflejo se postraron con veneración. En lo sucesivo, las oleadas de visitantes peregrinaban a las fuentes de sus íntimas reconditeces, saliendo de allí reconfortados al encontrarse cara a cara, sin intermediarios, con la verdad.

TERCER PREMIO

CATEGORIA CUENTO

Liberación de la tortuga

Luis José Bourget G.

LIBERACION DE LA TORTUGA

Suspendido en su amplio trono de avispa gigante, de grandes ojos compuestos y alas de mampostería, apenas si se movía en pausas microscópicas cuando el viento agreste le golpeaba de costado. Varios hombres vinieron a verlo: tenía el corazón de mármol carcomido, el largo cuello de avestruz aparecía desproporcionado a su entera constitución de granito verde. Los brazos y manos extendidos hacia la intemperie, habían dado todo de sí, y sólo les quedaba la cagada seca y petrificada de las aves.

Uno de los hombres lo tocó. Palpó temerosamente los muslos de bronce tratando de descifrar en vano su circulación interior, su ritmo agobiado de termita.

—Está frío como el hielo —exclamó.

—Imbécil —le replicó otro —, cómo rayos querías que estuviera.

—Seguro que debe de estar bien muerto.

Los hombres se miraron fijamente durante un instante que parecería eterno, si no estuviera

claramente justificado para cada uno el miedo inmenso, terrífico, que se metía hasta los huesos. En una época reciente, hasta una simple tertulia como aquella era poco menos que inconcebible. Después de todo El era El, y nada se escapaba de su control. Hasta la respiración y las funciones más elementales del organismo estaban dentro de su ámbito de poder. El gobernaba sobre la vida y la muerte y estaba allí para demostrarlo. Quien quisiera verlo sólo tenía que levantar las alcantarillas de piedra, rebuscar entre los atolones de polvo de las oficinas, en los resquicios de las puertas, o sobre las copas de los árboles. El era el calor del mediodía y la brisa fresca de los charamicos. Su aliento maduraba como el carburo los plátanos y los aguacates. Aprobaba por decreto el cambio de las estaciones y el rumbo incierto de los huracanes. Nada se hacía sin su concurso, y nada se le interponía, así de simple. Qué era la gente, los animales, la naturaleza entera con sus ciguapas errantes, sólo se tenía la certeza de que todo formaba parte de El.

Uno de los hombres lo midió, contando a palmos con la mente. Le pareció imponente, tal y como siempre lo imaginaba. De pequeño aprendió en la escuela que El era omnipresente, que su palabra bastaba para trastornar la corriente de los ríos, y su bendición hacía concebir a las mujeres. El hombre sintió entonces sobre sus hombros la

carga inmensa que debía soportar. Las rodillas le temblaban, y tuvo que sostenerse en el largo mazo de hierro para no descalabrarse.

La historia escolar situaba sus orígenes entre los jeroglíficos taínos, desde donde se predecía su nacimiento con figuras intercaladas de alacranes y culebras. Participó en el descubrimiento, como joven intrépido del lado de los insignes conquistadores, y gracias a El conservaríamos el legado más sublime de la raza que perecía: la torta de casabe. Los más ancianos, sin embargo, conocían muy bien las centurias de aquel manatí terrestre, que alcanzó desde temprano los peldaños más altos de la escalera infinita del poder. El sabía lo que sentía, lo que pensaba y sufría la gente de su tierra. Ya fuese en la loma o en el llano, El estaba allí para acompasar con su metrónomo invisible los latidos imperceptibles de los sentimientos más soterrados. Los tomaba en sus manos y los moldeaba como plastilina para devolverlos transformados en lo que El quería que fuesen. Construía mares de ensueño para que las mujeres pensaran sin esfuerzo en las olas de espuma clara que nunca verían en su vida, y en los marineros imaginarios que vendrían montados sobre ellas para rescatarlas de la niebla espesa de los valles. Movía cordilleras enteras con sus manantiales para refrescar la vida amodorrada de los empleados citadinos, y el mundo cambiaba de

repente y todos le querían a cualquier precio, aunque fuera con la carga de dinamita de su voluntad omnipotente, que barrió sin clemencia del mapa de La Tortuga hasta los más ínfimos vestigios de oposición. Vinieron por mar y por aire a disputarle su caparazón de retazos cuadrados y su bicornio de plumas de águila y sucumbieron en las arenas movedizas de las costas azules, y en las mandíbulas de los caimanes que El había puesto en los pozos secretos que circundaban su castillo amurallado. Así mismo, perdieron esa sustancia áspera y maciza que es la existencia por pretender equipararse a El, y sin tener plena conciencia de lo que es capaz de hacer un perro por su hueso.

El mazo se encorvó con el estrépito del primer golpe. Los hombres retrocedieron y se miraron nuevamente como para apreciar el tamaño de su acción. Nada de importancia había pasado, tan solo se desprendió una pequeña parte de aquello. Siguieron golpeando con su mazo con la convicción de estar cumpliendo con una sentencia impostergable, que a su vez había sido ejecutada por otro grupo de hombres la noche anterior. Estaba a punto de amanecer, aunque ellos nunca pensaron que el sol tendría la osadía de salir sin El. No daban crédito a la tierra que seguía dando tumbos como un trompo cuando El no estaba, y pensaron en desistir de la alucinación colectiva, cuando la enorme estatua de mármol de cantera

romana y coraza de siete metales emitió un gemido lúgubre y remoto. Se agrietó. Se resquebrajó desde su base de hormigón armado hasta la cima de la espada desde donde todas las mañanas se escuchaba trinar un ruiseñor, y cayó de espaldas en medio del relámpago sonoro y la polvareda inmensa que levantó el fin de su tiranía eterna.

MENCION DE HONOR

CATEGORIA CUENTO

Ansiedad

Ana Maritza Féliz Martínez

ANSIEDAD

El aire espeso y tibio que entraba por la ventana junto a los radiantes rayos de una enorme luna hacía completa la ambientación de la pequeña y abarrotada habitación. Era una noche muy calurosa como todas las de abril, una de esas noches en que se siente que los árboles han desaparecido llevándose el aire y el frescor del ambiente dejándonos sólo un vapor que sale por todas partes. Pero a pesar de todo, era una noche hermosa, muy hermosa, con una luna reluciente y limpia que daba la impresión de esperar algo o a alguien, acompañando un montón de estrellas brillantes, quietas y sin nubes.

Una gran tranquilidad se sentía. La media noche amenazaba con llegar rápidamente sin que lograra dormir. Varias veces se había sentado en aquel estrecho rincón repleto de libros y periódicos amarillentos, amontonados, tratando de escribir algo o por lo menos leer; pero se distraía, no dejaba de pensar y ahora ese calor inquietante, odiaba esos días de cuaresma. Se

levanta de repente apartándose del pequeño escritorio que le ahogaba, camina lentamente mirando todo como si buscara algo, «en realidad no era nada», se dice y deja caer su delgado y fuerte cuerpo semidesnudo en la cama tratando de tranquilizarse un poco. Se acomoda y describe detenidamente cada objeto de la habitación, como si contara en silencio una historia de cada uno.

Cuando su mirada llega a la ventana, se sorprende, parece que acaba de descubrir algo. Sólo ahora había percibido la presencia de la luna en el cuarto, y de las estrellas distantes, las observa por largo rato. Se extasía. Ya no siente tanto calor, cierra los ojos tratando de reproducir lo que acaba de ver; imagina un aire agradable y puro que llega por la ventana. Olvida el calor. Se siente flotar mientras corre a la orilla del mar; el aire es delicioso y quiere hacerlo todo suyo. Corre sin parar. No siente cansancio, ni calor. Todo lo ve tan claro, tan colorido, palmeras, muchas palmeras. El agua de mar llega a sus pies, la siente fresca, se detiene, avanza hacia dentro, se sumerge luego salta, parece un niño féliz. De repente oye una voz que le llama, se orienta allá muy lejos en la playa ve una silueta. Hasta entonces se da cuenta que estaba sólo. Sale a la orilla y corre más a prisa. Hay más felicidad en su rostro. Sólo ve allá de donde viene la voz; pero siente la hermosura del lugar, una noche muy clara, con una luz que hace brillar

el agua muy azul del mar que yace quieto y silente. Parece que en vez de correr flotara, la silueta esta vez más cerca. Sonríe feliz al notar que la silueta es de una mujer y que le llama suavemente como si cantara. La voz no cesa. Comienza a sentir cansancio y ya puede ver mejor la mujer que le llama, advierte que tiene el pelo muy largo y que está cansado, aún sonríe, la ansiedad lo invade cuando se da cuenta que corre flotando sin avanzar. Extiende las manos a la silueta, ahora más cerca, queriendo alcanzarla sin poder. Ella le responde con una mano muy blanca y limpia que la luna se encarga de describir en todos sus detalles haciéndola brillar. Ya no se oye su voz. El se esfuerza cada vez más hasta que la pudo tocar por unos segundos, ella se aleja un poco ordenándole con un delicado gesto que se detenga. Sonriéndole nerviosamente pregunta: ¿Quién eres?, ¿Cómo te llamas? Con la misma melodía que antes le llamaba le responde suavemente: -Felicidad, ese es mi nombre-. Y comenzó a alejarse lentamente dejando a la luz sólo esa mano reluciente, y que la luna fué ocultando poco a poco hasta que también fue oscura. El trataba de correr pero flotaba, no avanzaba. Angustiado le gritaba mientras ella se alejaba o ¿desaparecía? «-Dejame verte, pude tocar tu mano y fue maravilloso, ahora dejame ver tu rostro.»- Pero ella no escuchaba, ya estaba

muy lejana, y desde allá podía verse todavía su mano extendida, inalcanzable.

El ruido apagado de una tranquila lluvia que caía le hizo abrir los ojos aún dirigidos a la ventana y darse cuenta que un sol sin brillo había sustituido la luz de la luna y que había estado dormido mientras esto pasaba. Descubre que el calor se ha ido y que un aire muy fresco entra por la ventana. Permanece largo rato así, como si aún no despertara. Se levanta, se cubre ligeramente y como un autómata va hacia su rincón y advierte sobre la mesa sus escritos y libros abiertos del día anterior, los retira del centro diciéndose a sí mismo: "No, hoy no escribiré más sobre política, hoy escribiré sobre la Felicidad".

MENCION DE HONOR

CATEGORIA CUENTO

Sólo un cuento

Mirtha Disla

SÓLO UN CUENTO

Mi pueblo se podría decir que es como otro cualquiera, con hermosos árboles, a cuya sombra solíamos sentarnos en nuestra niñez, a jugar con las bolitas, y donde si no estábamos de acuerdo con alguna de las jugadas, defendíamos, al puño nuestras ideas.

Aún recuerdo su camino real, y las casas a cada lado de éste, muy alejadas las unas de las otras. Era el mío un pueblo de un sólo camino, donde la llegada de un forastero era una novedad y motivo de regocijo para todos. Solíamos reunirnos a darle la bienvenida y no era raro que todos nos sintiéramos con el derecho a ver y oír las conversaciones de la casa en que llegaban las visitas, por la ventana, y hasta de dar nuestra opinión si lo creíamos de lugar.

Lo que conservo más fresco en mi memoria, es el polvo que cubría nuestro camino real, nuestras casas, nuestros muebles y hasta nuestras pieles, como velo de novia el día de su boda, en los meses de mayor sequía, lo cual equivalía a decir un promedio de nueve meses del año.

Nuestra familia estaba conformada por mis abuelitos y yo, nunca conocí a mi madre y lo único que sé de ella era que los ayudaba en los quehaceres de la casa.

Según sus recuerdos, ella era una mujer muy linda, que vivía con sus padres, que eran tan pobres como todos los demás del pueblo, y a la edad de 15 años, les fue entregada a mis abuelitos para ayudar en la casa por ropa y comida, ellos la recibieron con beneplácito y trataron de ayudarla y verla como la hija que no habían tenido.

Para ellos fue un día de gran pesar cuando mi madre, un domingo en la tarde, se acercó a ellos y les dijo que estaba esperando un hijo, y que no tenía padre. Trataron por todos los medios de indagar quién había sido el hombre que le había hecho el daño, ella no quiso hablarles de él.

Mi abuela, como era de rigor en aquel tiempo, se la entregó a su madre y no supieron más de ella (pues no salía de su casa), hasta el día en que, conmigo en sus brazos, se acercó a mi abuela en la cocina y le dijo: "Es de ustedes, yo no puedo ni quiero criarlo, es el hijo de un guardia de los de la frontera que pasó quince días aquí y me dijo que me iba a llevar con él a la capital; quédense con el niño y sean sus padres". A continuación me entregó a mi abuela y se alejó por el camino real, sin equipaje ni nada y nunca más se supo de ella.

En el hogar de mis abuelitos fui acogido con todo el amor del que recibe un premio, pues a la edad de 45 años él y 40 ella, no habían podido tener hijos y el llanto de un niño en su casa fue un regalo de Dios.

Mi abuelita era una mujer pequeñita y frágil, muy dulce, se ocupaba de las tareas de la casa y de mis necesidades como si fuese un privilegio, y aun mis peores travesuras solían pasar por el cedazo de su paciencia, interminable para mí, y muchas veces la vi sonreír, aún por las cosas que en otras madres hubiesen merecido una reprimenda, y ante las quejas de las vecinas, solía siempre ser un tranquilizante para quienes se sentían agredidos por mí.

Mi abuelo en cambio era un hombre de carácter férreo, que imponía disciplina en el hogar, y fue bajo su implacable cinturón que recibí los escarmientos que él consideraba iban de acuerdo a mi conducta.

¿Cómo sobrevivió una pareja tan dispareja? Sólo Dios lo sabe, pero únicamente la muerte pudo separarlos. No era raro ver a mi abuelito con los ojos vidriosos, porque a mi abuelita le dolía la cabeza, y para mí, ella con su voz baja y dejándolo a él despotricar, se salía siempre con la suya.

Mi abuelito era un agricultor, tenía su pequeño conuco en las afueras del pueblo, y su

mayor placer era llevarme con él, tan pronto pude sostenerme en mis pies, desde que cumplí dos años, y bajo las protestas de mi abuelita, me enseñó a descubrir todos los secretos de las siembras. De su voz aprendí cuándo se deben plantar las habichuelas, el maíz, etc., los meses en que iba a llover, en fin, a ser mi propio meteorólogo y agricultor con vastos conocimientos, pues su idea era que un hombre debe saber cómo ganarse la vida y hacerse cargo de la familia en todo momento.

Sin embargo, sin proponérmelo fui motivo muchas veces de desavenencia entre ellos, pues mi abuelo decía que el hombre sólo necesita saber leer, escribir y sacar cuentas para que no lo engañen, lo demás se aprende por experiencia propia; el trabajo en el conuco debía ser lo más importante para mí. Abuelita, en cambio, que sí había estudiado, alegaba que esto le permitía juzgar lo importante del aprendizaje, y como ella se salía siempre con la suya, estudié hasta terminar el bachillerato.

Aprender con mi abuelo no era una tarea fácil. Sus ideas con respecto a la responsabilidad eran muy estrictas, al punto de que no había sábado, ni domingo, ni día de semana, en que yo no le oyera repetir sobre la responsabilidad de un hombre.

Si un vecino iba a quejarse de que un grupo de muchachos habíamos tumbado una cerca, o

espantado una vaca del corral, no era raro verme arreglando la cerca, o buscando la vaca mientras los demás niños estaban en sus casas.

Fue a la sombra de esta enseñanza suya que transcurrió toda mi vida de adolescente, en un ambiente donde a todo había que darle la cara.

Aún recuerdo la primera vez que me vi arrastrado por los acontecimientos a poner en práctica la responsabilidad:

A la edad de 12 años me enamoré por primera vez de una linda niña del pueblo, yo un niño tímido, lleno de las calenturas del primer amor, no sabía cómo hablar con ella, ni decirle lo que sentía, pero una tarde en que nos encontrábamos solos, le dije con voz angustiada lo que me sucedía, pero ella, que no compartía mis sentimientos, me dijo que no, que yo no era lo que ella buscaba, pues a mi lado sólo encontraría miseria, y que de miseria a ella le bastaban los años que estaba viviendo con sus padres.

Aquel fue mi primer amor, y estuve a punto de perder mi autoestima, pero lo que tenía de discernimiento me ayudó a entender lo que de razón tenía su sinceridad, y cuando tres años después la vi marcharse a casa de su tía en la capital, pude tener para ella los mejores deseos de que encontrara aquello que buscaba, bienestar económico y otro ambiente.

El ser un muchacho bastante apuesto y ganar la pequeña suma de dinero que mi abuelo me pagaba por mi trabajo en el conuco (pues según él, ningún hombre debe andar sin dinero, ya que si en algún momento lo necesita es capaz de robar o cometer cualquier fechoría por conseguirlo), me permitió, tener más confianza en cuanto a las chicas, a pedirles amores, cuando se presentaba la oportunidad, y todos eran amores inocentes, ya que en aquella época los padres vigilaban como halcones a sus hijas y además, no sé por qué razón nunca me sentí tentado a tener relaciones con ellas.

Cuando concluí mis estudios de bachillerato y tenía 19 años, una tarde la vi llegar de nuevo al pueblo. No podía creerlo, pues nada más lejos de mi mente que ver de nuevo a Carla, que tal era su nombre, pero pensé que debía tratarse de una visita a sus padres, para presentarles a su marido rico.

Al otro día por la tarde (pues yo no había tenido suficiente valor para salir de la casa, y sólo a fuerza de decirme mi abuelita: "Sal, que los hombres que están tanto metidos en la casa, se quedan amemaos", pude salir un poco nervioso y pensando en todo lo bien que le debía haber ido en la capital.

Me fui por el camino, tratando de hacerme invisible, y rogando para que no me viera, pero

Carla, que en aquel momento estaba sentada a la sombra de una mata de palma, tenía buena vista, y me llamó: "Tito, ven acá, ya tú no te acuerdas de mí". Todo encogido entré en la casa, y apenas si pude saludar de lo nervioso que me sentía, y con un gran esfuerzo pude estrechar su mano.

Hablamos de los momentos que habíamos compartido en la niñez, de nuestros juegos, y al preguntarme por nuestros amigos comunes que no había visto en el pueblo, le expliqué que se habían ido a la capital buscando mejor vida. Me dijo que por qué yo no había hecho lo mismo; le dije que yo era hombre de pueblo y siembra en el conuco y que no me iría.

Le pude hacer la pregunta que tanto me había trastornado: "¿Cómo te fué en la capital, pudiste lograr tus sueños, encontraste un marido rico? "Me dijo que las cosas allá no eran como se imaginaba, que no se había casado y que se iba a quedar en el pueblo, me pidió que si yo podía pasar por ella en la noche, para ir a la casa de su prima Paula, que quedaba un poco retirada y nadie de su familia podía acompañarla. Le dije que sí, que no había problema y nos despedimos.

Verla de nuevo y saber que no se había casado fue para mí el inicio de la inquietud que creía haber superado con los años. Mi corazón latía en mi pecho y varias veces me pareció que estaba a

punto de explotar. Me dolía la cabeza, no tenía ni tino para contestar las preguntas de mi abuelita de cómo me sentía.

Por primera vez en mi vida, no sabía qué ropa ponerme, para no parecer un campesino a los ojos de quien, de seguro, había visto mucha elegancia en la capital. Por fin me decidí por algo, pero no me sentía satisfecho.

Al llamarme mi abuelita a cenar, le dije que no tenía hambre, y aquello fue el acabóse, pues en los 19 años que tenía, nunca había dejado de cenar. Mi abuelito se preocupó también. Creo que su instinto les decía que algo raro le estaba aconteciendo a su hijo.

A las siete de la noche estaba tocando su puerta, y ella me abrió vestida con un traje azul que me pareció el más hermoso que había visto en mi vida.

En la casa de Paula, ésta nos abrió la puerta, y nos saludó afectuosamente; nos invitó a entrar, conversamos un rato y nos dijo, que tenía que ir donde una vecina, y que regresaría más tarde. Aquello me pareció muy extraño, pero yo sólo tenía ojos para Carla.

Fue a la cocina y trajo una botella de ron con dos vasos, y me dijo que si yo no bebía, le dije que no, que a mi abuelito no le gustaba que yo bebiera,

y me respondió que ella sí lo hacía ahora y que yo debía acompañarla. Dicho y hecho, me tomé todos los tragos que me brindó.

Me dijo que yo le gustaba y que le había gustado siempre, y que quería estar conmigo.

Aquello me trastornó, pues nada más lejos de mis recuerdos que aquello; yo la recordaba como la niña que no se dejaba tocar por nadie, pues quería un marido rico.

Le iba a decir que no, que yo la respetaba, cuando la vi quitarse la ropa, y comprendí de golpe, porque no había estado con ninguna otra, porque la esperaba a ella.

Carla era muy hermosa, y yo la verdad por primera vez me sentí hombre. Hicimos el amor apresurado, de quien como yo no sabe nada y estaba borracho, y ella como si quisiera terminar.

Al cabo de un rato nos vestimos y salimos de la casa; nos despedimos nerviosos de Paula, que estaba donde una vecina, y regresamos en silencio al pueblo; la dejé en su casa, sin mirarla a la cara.

Aquello terminó con mi tranquilidad, al punto de no querer verla ni estar con ella. No volví a salir, me debatía entre la desilusión y el deseo de verla.

Yo sólo salía de la casa al conuco con mi abuelo, y no volví a fijar mis ojos en ella.

Mis abuelitos estaban a punto de enloquecer de preocupación por mí, para ellos este cambio de conducta debía tener una explicación; sin embargo, para salir del paso, les dije que se debía a que no me sentía bien, y que tenía un dolor de cabeza muy persistente.

Cuando casi me había calmado, una tarde se presentó Carla a mi casa, y pidió hablar con mis abuelitos. Yo estaba en el patio, empacando habichuelas, cuando escuché que mi abuelo me llamó: "Tito, ven". Fui a la sala y la vi después de tanto tiempo. Me sentí morir de vergüenza.

Mi abuelo me dijo: "¿Tú estuviste con Carla alguna vez?" Le dije que sí. No me dejó hablar más, me explicó que estaba embarazada, y que yo debía asumir mi responsabilidad, que él hablaría con los padres de ella, y que nos construirían una casa cerca de la de ellos, y que mientras tanto, podíamos vivir juntos. Dicho esto, se levantó y sin despedirse siquiera, salió de la salita, dejándonos solos.

No le pude decir nada, nos dijo adiós y se fue, mi abuela me dijo que si yo la conocía bien, y si estaba seguro de que aquello no era un gancho. Por primera vez sentí dudas, de lo que Carla había dicho, y me pregunté qué había sido de su vida en la capital, pero no tenía motivos para dudar de su palabra, así que lo acepté como

bueno y válido, aúnque no supe qué contestarle a mi abuela.

Todo se realizó según lo planeado por mi abuelo. Carla se fue a vivir con nosotros y pude observar cierta animosidad de parte de mis abuelos, y creo que todos nos sentimos mejor, cuando nos mudamos sólos en nuestra casita.

Mi vida transcurría entre el conuco y la casa. Carla, desde un principio, no fue la esposa ideal. Era muy descuidada con todo, no limpiaba la casa, y no era raro que al volver tuviese yo mismo que hacerme la comida; era como si odiase aquella vida.

Al fin nació nuestro hijo, un hermoso niño que me llenó de orgullo, y pienso que sólo me mantuve con ella durante aquel tiempo por él, pues todo lo que sentía había terminado.

A mis abuelitos, este nietecito los llenó de alegría, aunque un día mi abuela me dijo: "Si tú sabes que es tuyo nosotros lo queremos;" y Carla, por su parte, lo enviaba a su casa desde la mañana, para no bregar con muchacho, según su propia expresión.

Mi conuco fue mi desahogo, sembraba de todo lo que se cosechaba, pero en aquellas tierras el tiempo es lo que determina que tan buenas o malas son las cosechas, pues no llueve cuando tiene que llover, o llueve cuando no debe.

En el pueblo, desde que estoy conviviendo con Carla, y aún después del nacimiento de nuestro hijo, la gente nos ve con cierta desconfianza y burla, pero yo no les hago caso, pues para mí se sienten envidiosos de que yo me quedara con la mujer más linda del pueblo.

Cuando yo tenía 21 años nació nuestra segunda hija, y todo seguía igual por parte de Carla, nada parecía hacerla reaccionar, ni mis atenciones, ni mis esfuerzos para mantener nuestra unión.

Nuestra situación económica no era todo lo buena que hubiese deseado, a veces me iba bien en las siembras y teníamos dinero para comprar ropas, zapatos, etc., pero otras teníamos que sobrevivir de los víveres que sembraba.

Esto fue lo que le dio a Carla la oportunidad de expresar lo que hacía tanto tiempo le estaba amargando la vida. Quería irse a vivir a la capital, y de seguro yo encontraría algún empleo que nos permitiría vivir mejor, si no, era capaz de abandonarme llevándose nuestros hijos.

Para mí fue muy difícil pensar siquiera en esta posibilidad, pues yo desde niño había aprendido a ganarme la vida con la siembra, cambiar de ambiente, de costumbres, de vecinos, de amigos. Esto torturó mi mente por mucho tiempo, dejar mis abuelitos, ya en la ancianidad, pero pensaba que

Carla me estaba poniendo entre la espada y la pared, pues yo tampoco soportaría vivir sin mis hijos.

Consulté con mis abuelos, y la respuesta de él fue: "Cumple con tú responsabilidad, y vete con tu familia".

Así que un día Carla, los niños y yo nos fuimos hacia la capital. Por entre el polvo que el carro levantaba en el camino real, pude ver cómo se despedían mis abuelitos de nosotros y sólo entonces me di cuenta de lo irreversible de nuestra marcha.

En la capital nuestra casa era peor que la del campo. Era una barranca con techo de zinc, estaba pidiendo a gritos una reparación, y teníamos que pagar por ella.

No pasamos hambre porque un vecino se sintió conmovido con nuestra situación y me llevó al taller donde trabajaba.

En el taller todo iba bien, ganaba con qué mantenernos, y yo, me sentía a gusto allí, hasta que un día el dueño me dijo: "Como usted Tito es el más responsable del taller, quédese hasta terminar este carro, que es para mañana; si se lo dejo a los otros empleados, se van a ir y a dejarlo sin acabar, y no hay paga extra, así que ya usted sabe".

Mi responsabilidad me estaba jugando otra mala pasada, me quedé, arreglé el carro y varias noches a la semana tenía que quedarme.

Carla, por su parte, estaba feliz al principio, pero después se volvió tan desganada como antes, al volver del trabajo encontraba a los niños casi siempre en casa de una vecina y ella paseando.

Desde un principio, hicimos amistad y congeniamos con el vecino que me consiguió el trabajo y su esposa, y les dimos a bautizar a nuestra hija. Fuimos grandes compadres, y en su amistad encontramos un poco de consuelo para nuestra nueva vida en la capital.

Por mi parte, me había ganado la confianza de mi jefe, y sentíamos una pequeña mejoría económica.

Carla estaba embarazada de nuevo y esto le causó grandes disgustos.

Cuando nació el niño, al regresar los dos del trabajo, mi compadre me dijo: "Lamento mucho lo que tengo que decirte, pero todos saben menos tú, que Carla tiene...." Yo lo interrumpí, y le dije: "Compadre, si usted va a decirme algo de Carla, esté bien seguro, porque yo soy un hombre que cumplo, y si ha hecho algo malo, me veré obligado a tomar medidas drásticas, quizás hasta a desgraciarme. ¿Después de haberle dicho esto,

compadre, usted todavía tiene algo que decirme de Carla?" "No compadre", me contestó, y jamás volvimos a hablar de ese tema.

No fue una sorpresa para mí, cuando al volver del trabajo, dos meses después, Carla se había ido con otro hombre, dejándome una carta en la que decía que como yo era un hombre tan responsable, se iba dejándome los tres niños.

Para mí fue muy duro quedarme con los niños pequeños, tenía que trabajar, cuidarlos, hacerles comida, bañarlos, etc.

Pero esto me ayudó también a superarme, y decidí estudiar Ingeniería Electromecánica, de noche en la Universidad. Estuve muchos años estudiando, pero al fin me gradué, y nuestra situación económica mejoró.

Me volví a casar, esta vez con una mujer muy diferente a la anterior, no tan bonita como Carla, pero sí más realista.

Mi hija, quedó embarazada a los dieciséis años de un amigo, y se iba a provocar un aborto. Cuando me enteré, no estuve de acuerdo, y le dije que yo era un hombre responsable, y que tuviese su hijo, que yo se lo iba a criar. Hoy, a los 25 años, ya tiene tres hijos, y todos los tengo yo.

Mi hijo mayor siempre fue muy rebelde. No estudiaba, ni asistía a la escuela, tenía siempre mucho dinero, y un día lo vi que estaba vendiendo

drogas en la calle. Aquello casi destruyó mi vida y tuve que denunciarlo a la policía, porque era mi responsabilidad ante la sociedad. Hoy está preso.

Sólo el más pequeño es estudioso, y está a punto de graduarse de Medicina.

Todos estos problemás están a punto de destruir mi matrimonio, pues mi conducta y mi trato hacia ella, se ven afectados por todos estos problemas.

Aún me parece escuchar a mi abuelo decirme: "Hay que cumplir con las responsabilidades". Yo traté de hacerlo y sólo conseguí ser manipulado por los demás. Hoy escribo mi historia para decirles: enseñen a sus hijos, que hay que cumplir con uno mismo primero.

PRIMER PREMIO

CATEGORIA POESIA

Hermano múltiple

Octavio Amiama Castro

HERMANO MÚLTIPLE

"Yo soy el pueblo, la chusma,
la turba, la masa".
(Carl Sandburg)

Yo soy la Multitud, la masa, el desenfreno,
soy el barro de Adán multiplicado
que dio perfil a la primera horda
que avanzó con la luna.

Soy el mar encrespado
por el fragor de la arenga,
Caín de los Abeles,
he bendecido el puñal asesino
y danzado al ludibrio
del desplome de un mundo.

Soy los pies, la base y la esperanza;
vano enjambre de ignorada historia.
Aplaudí a Pilatos y a Cristo,
al Zar y a Lenín
¿A quién aplaudiré ahora?
multitud cansada, hermano múltiple
¡Cuán próximo el día de los presagios!
Yo soy la multitud, el grito, la locura
soy el beso al pie de los verdugos.

Tormento fui del rey
de cabellera tejida
con sudor y espinas
y escupí jubilosa
sobre su rojo costado.

Pedestal del rey
de cabellera tejida
con oro y lises fui
y recibí jubilosa
su cabeza roja.

¿Cuándo veré la luz?
¿Cuándo amaré a quien me ame?
¿Y odiaré a quien me odie?
Nada es nuevo ni será
por los siglos que seguiré oscura.

SEGUNDO PREMIO

CATEGORIA POESIA

La muerte es el invierno

Luis José Bourget G.

LA MUERTE ES EL INVIERNO

Fuimos a verle al fin, descansar.
Llueve, bajo los árboles el agua se filtra
indolora, fría
¿quiénes somos nosotros para tentarle?
¿podría encontrarse en el fuego un remanso,
un lugar tranquilo y apacible?
No conocemos la verdad que envuelve sus manos
tan sólo los trazos indelebles de sus palmas.

El camino, con la lluvia ha quedado cubierto
una arcilla amarillenta embetuna paredes y puertas
no hay calzadas, sólo paredes y una vía
temor recóndito al fantasma de tu muerte
ventanas cerradas al rumor de los pasos.
Te han velado mujeres de negro
por horas incesantes eras tú el altar
rodeándote, protegiendo tus huesos.

¿Por qué elegiste, padre
hora tan funesta, días llenos de sombras?
¿No es más fácil el camino, siendo limpio y claro
y no así, tan mohíno?
Sean acaso seguros
esos estandartes ligeros
fraguados en los maderos
de los bosques vecinos.

Traen el agua, la quitan
vierten cal en las esquinas
espantan los pájaros, cavan
grandes huecos en la tierra.
Bajan de las lomas escrespadas
cirios en las manos, encendidos
alcázares de nubes urden batallas
siniestros retumbos del destino.

Callan los gorriones, cubiertos
por la triste marcha de la niebla.
¿Es aquí, que hemos llegado
donde siembran en tierra sagrada
las almas que divagan en pena?

TERCER PREMIO

CATEGORIA POESIA

Procedencia

Henry Almonte Diloné

PROCEDENCIA

Vengo
desde el hueco
infinito
del silencio,
de la plácida
tibieza
de la nada,
esencia misteriosa
de tiempo,
ilusión material
de pensamiento.
Vengo
de las noches
sin estrellas
del pasado,
con un ramo
de palabras maduras
y un niño muriéndose
en mis manos.
Vengo
de la tierra
y la simiente,
existiendo
en otras formas

desde siempre.
Vengo
de un planeta
sin sol
y sin olvido,
náufrago
de la lluvia
y el rocío,
viviendo de nuevo
diariamente
sobre la muerte
de lo ya vivido.

APENDICE

Henry Almonte Diloné: nació en Santiago de los Caballeros, R.D., en 1958. De profesión Ingeniero Civil y Economista, sostiene, como Ernesto Sábato, que "no hay divorcio entre números y letras". Cultivador ferviente del soneto y cuentista, ha publicado "De lo humano a lo divino/ Sonetos" (1992), además de varios cuentos en periódicos y suplementos de circulación nacional. Es catedrático universitario en el INTEC y actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales de DEFINPRO, en el Banco Central de la República Dominicana.

Octavio Amiama Castro: nació en Santo Domingo en 1936, en el seno de una familia de intelectuales y educadores. Aunque tempranamente realizara estudios de Derecho y otras disciplinas, siempre estuvo inclinado a quehaceres culturales. Sus Viajes por el mundo ensancharon sus vivencias. Anudó relaciones con poetas como Pablo Neruda, Juana de Ibarbourou, Alfredo Barrera Valverde y otros. Aunque su obra no es muy conocida, sus poemas han visto la luz esporádicamente en medios del país. Su estilo es depurado y ecléctico. Desdeña la métrica, porque supone aherroja la inspiración. Favorece la poesía que pueda ser traducida con fidelidad.

Maritza Balbuena Alvarado: nació en Río San Juan. Hija de Francisco Balbuena Sánchez y Lilia Alvarado. Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en el Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en la Ohio State University. Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de 14 años, sirviendo en diferentes áreas de la institución. Además de la pintura, disfruta de las artes manuales, la natación y su ratos libres los llena con la lectura y la música clásica.

Luis José Bourget G., nació en septiembre de 1966, en Santo Domingo. Es Técnico en Administración de Empresas y estudiante de economía en el INTEC. Labora en el Departamento de Presupuesto del Banco Central de la República Dominicana y es Vicepresidente de la Fundación de Ayuda Comunitaria, Inc. Aficionado a la lectura, la escritura y el Internet. Obtuvo el Tercer Premio en el Concurso de Ensayos de la Revista Amigo del Hogar (1984). Ha obtenido varias menciones de honor en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro (1994, 1995 y 1996), y recibió una certificación de finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, en Francia (1994).

Teresa Calderón Cabral, nació en Santo Domingo. Es hija del reconocido pediatra y pintor dominicano Nelsón Calderón y la señora Ena Cabral. Cursó estudios de Ciencias Políticas en la Universidad Pro-Deo, en Italia, y posteriormente en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Labora en el Banco Central desde hace 15 años. Su afición a la pintura la hereda de su padre, quien ha sido su guía y maestro en el mundo de las plásticas. Ha recibido varios premios en concursos de pintura amateur. Es madre de Patricia, Laura y Abel.

Francisco De la Mota Sánchez, nació en la ciudad de La Vega en el año 1965. Labora desde el 1991 en el Departamento de Cuentas Nacionales, División de Precios, trabajando en el cálculo del IPC y en la Encuesta Diaria sobre el Dólar Extrabancario. Egresado de la Universidad Iberoamericana en Administración de Empresas en 1992, ha cursado además varios talleres de adiestramiento en el exterior. En el arte ha recibido cursos personales, en grabado en metal, serigrafías, cerámica y vitrales. No ha participado en exposiciones conjuntas ni individuales.

Mirtha Celeste Disla Díaz, nació en Santo Domingo. Se graduó de Licenciada en Contabilidad en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente labora en el Banco Central de la República Dominicana, en el área de Contabilidad FIDE, del DEFINPRO. Desde muy temprana edad se sintió atraída por la buena lectura, encontrándose entre sus escritores predilectos: Gabriel García Márquez, Mario Vargas LLosa, J.J. Benítez y el Dr. Joaquín Balaguer. Según sus palabras, escribe las cosas que podrían ocurrirle al vecino o a nosotros. Ama a su familia, y su deseo es que sus hijos comprendan que los sueños pueden ser realidad, aún los que vemos más lejos, como es el de escribir "Sólo un cuento".

Miguel Estrella Gómez: nació en Santiago de los Caballeros, el 6 de enero de 1952. Cursó estudios de Administración de Empresas en la Universidad Católica Madre y Maestra. Es autor de las siguientes obras: "Monedas coloniales de Santo Domingo" (1977), "Catálogo de monedas de la República Dominicana", (1979), "Monedas dominicanas" (1980), y "Doscientos años de numismática haitiana" (1985). Se desempeñó como Encargado del Programa Numismático de la Comisión Oficial para la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Laboró durante 19 años en el Área Numismática del Banco Central de la República Dominicana. Actualmente dirige un programa numismático internacional. Es la primera vez que incursiona en la escultura.

Ana Maritza Féliz Martínez: nació en la ciudad de Santo Domingo. Es Economista, y posee una Maestría en Administración de Negocios. Labora en el Banco Central, en el Departamento de Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO), desde el año 1985. Su afición por la literatura y las artes comenzó desde muy temprana edad; a los 14 años se inició en el estudio y práctica profesional del teatro. Su interés se enfoca en proyectar, con las figuras que permite la literatura, las expresiones más simples de la naturaleza en su conjunto y también del ser humano que, como parte activa de la colectividad es, en esencia, una expresión de lo eterno e imperecedero, que es Dios.

Juan Manuel Prida Busto: nació en Santo Domingo el 19 de agosto de 1956. Cursó estudios de Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y de Historia en la Universidad Católica de Santo Domingo. Ha publicado varios libros de cuentos: "Huellas en la Niebla" (Premio Anual de Cuento 1990), "Pieles a mi piel" (1992), y "Arena de soledad" (1994). Tiene inédito un cuarto libro de cuentos: " En la luz de la noche". Colabora con diarios y revistas nacionales y extranjeros. Actualmente trabaja en la preparación de una obra que recoge sus artículos publicados en el periódico "Hoy".

Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta: nació en San Cristóbal, R. D. Se graduó de arquitecto en la Universidad Iberoamericana en 1994. Actualmente trabaja en el Banco Central de la República Dominicana como arquitecto de la Subdirección de Ingeniería y Conservación de Edificaciones. Ha participado en varios seminarios y congresos relacionados con su profesión, y ha cursado estudios sobre

historia de la arquitectura, idiomas y otros. Ha trabajado con la oficina de arquitectos Brea y Rancier, colaboró con la revista "Arkitecton" y participó en la exposición colectiva del CODIA sobre el diseño de una casa club para el mismo.

Esta primera edición de 1,000 (mil) ejemplares de **"Obras premiadas"**, se terminó de imprimir en los talleres de la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana, el 2 de diciembre de 1996.